

APOLÓ

AÑO V

Número 44

REVISTA DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

DE PÉREZ Y CURIS



MONTEVIDEO

OCTUBRE DE 1910

Bibliográficas

Libros y folletos recibidos

Cuentos Argentinos, POR MANUEL UGARTE.—París.

La sagaz observación y el vigor narrativo manifestados de consumo en **Cuentos de la Pampa**, palpitán en el último libro de Ugarte con rara intensidad, una intensidad dominadora y sugestiva que se ensañorea súbitamente del ánimo del lector. Y es que Manuel Ugarte sabe emocionar. Hay en **Cuentos Argentinos** páginas desconcertantes por su verismo y su matiz impresionista, y otras en que el espíritu del sociólogo, adelantándose á su época, muéstrase humano y condena formidablemente las injusticias de la actual sociedad.

El cuento **La sombra de la madre**, abunda en reflexiones sociológicas que inspiran nobles y elevados sentimientos. En síntesis: la nueva obra de Ugarte, es de deleite y á la vez de demolición; una demolición de los prejuicios y los errores tradicionales que aun persisten en nuestra América.

Canto al Centenario, POR PEDRO L. IPUCHE.—Montevideo.

En su canto, revela Ipuche condiciones de hábil versificador é inspirado cantor de las tradiciones. Sus versos son harmónicos y fraternal el sentimiento que los inspira.

Idilio Trágico, POR AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA.—Librería de Pueyo.—(Madrid).

Las novelas cortas que contiene el nuevo libro de Martínez Olmedilla, son breves estudios hechos á manera de narraciones donde se advierte un temperamento disciplinado de artista y observador. Al clasificarlos de estudios, debo declarar que hay en todos ellos, trama novelesca, siendo el trabajo de su autor, por lo tanto, más complicado que si se tratase sólo de estudios ó cuentos. Todas las composiciones de **Idilio Trágico**, despiertan sumo interés: los motivos tratados por Olmedilla son de exquisito buen gusto, y el estilo de todo el libro, gallardo y pleno de vigor, corre parejas con ellos. Sin intención de amortiguar el mérito de las demás novelitas, diré que siento predilección por la que ostenta el título de la obra (la más intensa y dramática de todas), y por las intituladas *Armas iguales* y *El cristal con que se mira...*, que tienen páginas de sana filosofía.

Martínez Olmedilla ha logrado con su último libro, un puesto avanzado entre los cultivadores del cuento en España.

Lleguen á él, mi felicitación y mi aplauso.

Los Crepusculos, POR JUAN M.^a OLIVER.—Montevideo.

El autor de **Los Crepusculos**, no es un novicio en el arte; su nombre me es conocido desde que figuró en «La Alborada», al pie de algunas de las composiciones que hoy publica. Alejado un tiempo de nuestro mundo literario, Oliver vuelve á él con más brío que nunca, enamorado de su arte y de su ensueño.

Priva en sus versos esa nota de melancolía vaga y sutil que tan amablemente expresan las almas soñadoras, al contemplar la caída de la tarde. Sin embargo, Oliver es vibrante á las veces: leed *Arranque de vuelo* y *Lides*, dos composiciones que revelan al poeta vigoroso.

Los Crepusculos, es el libro de un artista conocedor del sentido y de la forma. Hay en él bizarrías lexicológicas y aromas de sentimiento que gustarán, á pesar de la crítica.

Ensueño de Primavera, POR ANDRÉS T. GOMENSORO.—Librería Mercurio.—(Montevideo).

El autor de **Rumbo al Sol** demuestra en su nuevo libro que ha aprovechado bien las observaciones hechas con motivo de la publicación de aquél. En efecto: la novelita **Ensueño de Primavera** supera á su hermana mayor, tanto en la concepción ideológica como en la construcción de la frase, si bien es cierto que ésta peca todavía de extravagancia, principalmente en la colocación y uso de los epítetos.

Gomensoro evoluciona, y eso es mucho. Nada más triste que quedar estancado al comenzar la carrera literaria. No dudo que en su próxima novela **Frente al mar**, él se hará aplaudir por sus adelantos.

Estética, POR EDMUNDO MONTAGNE.—(Buenos Aires).

Edmundo Montagne es un ferviente adorador de la belleza, un artista por temperamento, que hurga allí donde late el corazón de lo bello. Recientemente ha publicado un folleto: **Estética**, donde vierte conceptos personales acerca del arte. Breves, sintéticas y consubstanciales con el espíritu del artista que las formula, las observaciones de **Estética**, son concretas e incontrovertibles como un axioma. Montagne ha sintetizado en pocas páginas, y admirablemente, hermosas definiciones de la belleza.

PÉREZ Y CURIS.



Director - Redactor: PÉREZ Y CURIS

Administrador:
LUIS PÉREZ

Redacción y Administración:
TREINTA Y TRES, 72

AÑO V

Montevideo, Octubre de 1910

N.º 44

Epílogo 67.580

Para APOLLO.

La quise con amable desenfreno,
talvez la amaba con idolatría;
Sobre la gloria blanca de su seno
como un niño travieso me dormía.

Quise en vano salvarla de aquel cielo
donde le hallé que naufragaba un día,
Y desde entonces al hacerme bueno,
la nimbé de cariño y poesía.

Soñó mi empeño conquistar la gloria,
para extinguir con ella de su vida,
la sombra infusa que dejó la escoria;

Le dí mi juventud, mi sangre, todo,
por alcanzar á verla redimida
de un antro de miserias y de todo...

Juan SERRANO

Caracas.

La lección de las aguas

Linfas errantes que la madre Gravedad arrastra, sonorosas, con arrullos, balbuceo de infancia, por el flanco de la montaña, al pie de las colinas, á la sombra de los bosques, en el valle tendido como la palma de una mano abierta ;

La madre Gravedad os junta en el cauce hospitalario, las de acá con esotras, con las de más allá ;

Ya sois río ; atrás quedaron los arrebatos torrentosos, el enarcado salto, el choque con las peñas, la espuma blanca con sus miles de pupilas que el sol irisa, que platea la luna, deshechas en el aire, sin dejar más huella que el ala de una alondra.

Ya sois río ; la madurez trajo la serenidad ; os deslizáis quedas, casi sin rumor, por las anchas vegas susurrando vuestro mensaje de bendición á las márgenes amigas, de doradas arenas, de bruñidos guijarros, ó de verde revestidas con yerbas y con plantas, como atavío de gala á vuestro pase, evocador de la vida.

Linfas errantes, espejo peregrino de cuanta cosa creada se asoma á vuestra faz ; profundidad de cielo, vagar de nubes, resplandor de astro, sombra de selvas y —de la humana efímera labor— de los muros y las frágiles flotantes fábricas.

En cárceles de piedra os encerraron y, la sacra libertad perdida, ya no vagáis sobre el pecho de la tierra al impulso de lo que fuera vuestro instinto. ¡Linfas prisioneras, linfas esclavas !

Vosotras que vivís con las edades, en la eterna transformación

de la materia, que no muere para la tierra, ó huye de ellas como el espíritu, carecéis del don fatal de la memoria ; no conocéis el dolor indeleble, ni la dicha vana.

Donde hoy os oprimen rígidos muros, fueron, allá donde expira la luz de nuestro recuerdo, parajes sombríos, bajo el follaje de tupidas arboledas. Y llegaron los hombres, errantes como vosotras, y pararon ; fuisteis para ellos límite y centro ; cerca de vosotras nacieron y murieron las generaciones, y creció su número.

Alzaron sus hogares y sus templos, lucharon sus luchas y soñaron sus sueños.

Y se alejaron y tornaron cerca de vosotras ; y partieron á la guerra y volvieron vencedores ; y otras veces volvieron con la opresión de la derrota, míseros y humillados ; con su número crecieron sus hogares, sus palacios y sus templos ; y ellos ahondaron vuestra cárcel y fuisteis para ellos fuente de vida y vía generosa y compañeras fidelísimas.

Y creció su orgullo ; y creció su poderío ; triunfadores, no tuvo límite su soberbia ; ávidos nada contuvieron su ambición.

Y sucedió que los menos oprimieron á los más ; lo que era de todos y para todos fué privilegio de los audaces y los fuertes : la iniquidad triunfó.

Tal evolución á través de los siglos, en que rodasteis, oh linfas errantes, á la mar, impacibles, ¿qué á vosotras las misérrimas querellas de los hombres ?

Y un día llegó la aurora roja más con sangre de hombres que con resplandor de teas, vistéis su reflejo profético y vibró sobre vos-

ctras un háito de redención para los míseros. Si las cosas inanimadas jamás sienten, debió de estremeceros aquel ímpetu precursor de caridad y de justicia.

¡Ay de los endebles esfuerzos humanos; perecen en mitad de su luminosa trayectoria los empeños redentores de los hombres. Volvió la opresión; otro fué su nombre su esencia fué la misma!

Aquellos mismos que fueron arrojados del Templo por el látigo divino, invictos á través de los siglos, volvieron á su tarea; más que nunca es hoy suya la suerte de los hombres.

Crece la soberbia de los pocos afortunados como marea invernal en costas septentrionales; ¡ay de los míseros, cuán míseros son! ¡ay de los humildes! Y los soberbios les dicen á los míseros: dadme vuestro esfuerzo para hacer mi labor, vuestra sangre para regar los campos en que mi codicia, disfrazada de patriotismo, libra sus batallas; vuestras hijas para mi placer, vuestros hijos para que no perezca la cría de mis esclavos.

Y en mansiones y en templos y en palacios resuena en monstruosos eufemismos este evangelio de

crueldad. Y los míseros no recuerdan que la fuerza es suya.

Fatigadas estáis, linfas errantes, de las cárceles de piedra. Si las cosas inanimadas alguna vez sienten, pasará sobre vosotras, como ayer los reflejos anunciadore de libertad, un soplo de vergüenza y vibración de sollozos, no ya como errantes cantos, como rumor de profecía.

Os fatiga la opresión; crece vuestro caudal, crece con la augusta serenidad de lo inexorable; pasáis rugientes sobre los muros que os oprimen; nada os detiene; un día de vuestra cólera sagrada, uno sólo, hace temblar la labor humana acumulada en siglos; ¡ay de las mansiones de los templos, de los palacios! ¡un día más de vuestra cólera y la ciudad en que la opresión de los míseros impera—prototipo de cuantas urbes hoy florecen—donde se blasfema de Cristo, invocando su ley para encubrir la iniquidad, un día más de vuestra cólera sagrada, oh linfas errantes! y la ciudad se desmorona, socavados sus cimientos, arrastrada como los despojos de un náufrago...

¡Oh, la lección de las cosas sin alma!

PÉREZ TRIANA.

Paris, 1910.

Pensamientos

El mar posee un poder sugestivo que se impone como una voluntad. El mar hipnotiza: lo mismo hace toda la naturaleza. El gran misterio consiste en la dependencia del hombre con respecto á las fuerzas ciegas.

En su evolución habrá seguido la humanidad un falso camino? Por qué no pertenecemos á la tierra? Por qué al aire ó al mar? El deseo de poseer alas, los sueños en que creemos volar, sin sentir sorpresa, qué significan?

E. IBSEN.

Periodistas chilenos



EDUARDO CONTARDO CHAVARRÍA

•••

Tu risa y mi hada

A la manera de un madrigal.

Para APOLO

El infolio éste es nuevo, do el cincel se desliza...

Yo quisiera escribirte los catorce sonoros
versos de un gran soneto, que tuviera sus coros
tan graves y armoniosos como un coro de misa.

Haría el primer verso recordando tu risa...
En el otro lo glauco de tus dos ojos moros
como piedras preciosas lo engarzara en los oros
que cincelan los frailes de un convento de Niza.

Y en los versos restantes tronaría en mi cuerno
el leit-motiv de un canto que hizo un bardo moderno...
(Bardo que no se corta su crinada melena).

El infolio éste es nuevo, do el cincel se desliza...

Pero, piensa Señora, que no sentí hoy tu risa
y... ¡Dentro de su torre se encerró mi Hada-buena!

TRÍAS DU PRÉ.

Toledo

(Transmigración)

Para AROLO.

A Amado Nervo, en país lejanó.

Cuántas veces, ¡oh hermética! Toledo insustituible,
me adormecí en el ángulo de tus muros bermejos,
embozando mi rostro como en los tiempos viejos,
de amadores osados de un valor indecible.

Y en ese claroscuro que proyectan las tintas
graves de tus castillos, con más de cuatro siglos
de vida aventurera, entre torvos vestigios,
enamoré atrevido tus mujeres extintas.

Como buen Caballero, yo descendí hasta el bajo
sereno y silencioso del culebreante Tajo,
y me batí en tus campos, Vega de las leyendas,

para volver airoso junto á la reja amada,
con la ondulante capa que suspende la espada,
en busca de los labios que premian mis contiendas.

CARLOS MARÍA DE VALLEJO.

Montevideo.

Bepo

Un gabinete rosa-perla, un nido de elegancia exquisita, de artísticos decorados y de exóticos muebles de palisandro, ríe con sus molduras doradas á la inefable caricia de un magnífico velador, que mano de mujer coqueta ha adornado con cintas y encajes azules semi-transparentes, donde la luz—cribada en ellos—toma tintes de cielo pálido, como el fondo diluido y milagroso de un cuadro parisino de Rafaelli.

El, un elegante caballero meridional, moreno, alto, de grandes ojo negros y espeso bigote, primorosamente cuidado, riñe á la esposa querida, una figura frágil y esbelta de campánula de río, en el albor evanescente de una mañana de Mayo.

Margot—la única hija de aquel matrimonio—canta á solas en un ángulo del gabinete, como un pájaro en la fronda, y á veces interrumpe su canción de inocencia para dar paso al arrullo de un beso, con que bendice la frente de su Bepo.

—Música, Bepo—dice, al ver el piano abierto—y ruedan sus dedos minúsculos y ágiles sobre el marfil del teclado... Una nota salta y gime, otra ríe, la otra regaña y ronronea en loca confusión de acordes extraños, nacidos en el alma blanca todavía, de Margot.

Bepo es bonito y no llora: (Bepo es un muñeco).

La pareja reñida vuelve los ojos, húmedos, al prematuro idilio de la niña, buscando en él punto final á frases obscuras que el marido, celoso, ha dejado caer sin escrúpulos—como nubes de invierno—sobre el ancho y riente verjel de la

coqueta. Y, como para desahogar su corazón atormentado, él, arranca del piano á su Margot, elevándola sobre su cabeza, en un efluvio de cariño paterno, desplegado en la desolación amarga de su alma de amoroso creyente. Y ella, ella, la chiquitina adorable, alargando sus labios frescos en la actitud de un beso, le dice quedo, como una confidencia ingenua de su almita de mujer:

—¡ Mañana me caso con Bepo, papá!

Una turba de niños juguetea alegramente, haciendo cabriolas y mil monadas en el gabipete rosa-perla: quién, al piano sentada, tocó la última lección del maestro —un aire de mazurca, sencillo y melancólico—; quién otro, saltimbancu diestro, apoyando su cabezita desordenada en la estera de la alfombra, da «vueltas de gato»; otro ha tomado el álbum de la señora y divierte su curiosidad infantil, siguiendo—con el dedo enmielado—las curvaturas caprichosas de un río—prodigo de acuarela—en un paisaje primaveral de Donart...; y todos ríen, y todos charlan, y todos levantan una nota triunfal, en la algarabía tumultaria que, en los espousales de Margot, alza una docena de chiquillos rubios.

Silencio... En grupo, junto á la puerta del dormitorio, en espera de la novia, avanzan curiosamente sus ojitos picarecos al interior, donde á Margot le prenden—como último toque de *toilette*—guirnaldas simbólicas de azahares, en la coronación de su blancura de virgen desposada. Y ella marcha len-

ta, casi triunfalmente, al gabinete donde brillan—como banderas desplegadas en un combate—los papeles de colores de las sabrosas confituras de almendra.

Aplausos, risas, notas dispersas, arrancadas al pasar al viejo piano, suenan locamente, envolviendo el cuadro encantador en una como explosión de alegría inocente y júglaresca.

Y después la ceremonia.

De un sillón anticuado, de terciopelo rojo, que se arrumbaba en el desván de los muebles inválidos, han hecho el reclinatorio; y sencillamente bella, beatificada en su inocencia blanca—no abierta aún á las rosas del pecado—se arrodilla la virgen, frente al pontífice grave y meticuloso, que alarga roliiza mano en señal de bendición.

Y Bepo está allí, al lado de la novia, impasible y sereno, fijos los ojos en el viejo Cristo ahumado que los niños han traído del cuarto de las criadas, para elevar, en el zócalo de la ventana, «el triunfo de la leyenda» y santificar, en el nombre de Dios, aquel simulacro tentador de la vida.

Margot está triste. En sus ojos musulmanes tiembla el lloro, próximo á rodar por sus mejillas, y en la flor de la boca se adormece una como contracción de amargura, en el pliegue de sombras que la circundan. Bepo se ha caído; Bepo tiene el brazo mutilado, la nariz ahondada, un hueco enorme en la cabeza; Bepo está descuajaringado: ¡pobre Bepo!

Debajo de la escalinata del midor, en un agujero cualquiera, ha colocado Margot los últimos restos de su esposo; y, tristemente meditativa, se sienta á la mesa aquella tarde, entrustecida y

pensando—á solas—cómo hará para pedir á sus padres otro Bepo.

De pronto, sus ojos brillan alegramente con un extraño fulgor: ha encontrado la solución del problema y, ensayando sonrisas maliciosas, alegre, con toda la jovialidad de su alma-mariposa, le pregunta á su mamá:

—Cuando papá se muera ¿tú te casarás con otro papá, mamaíta...?

Una onda de rubor cubre instantáneamente el rostro de la madre, como si aquel vaticinio—dicho por labios vírgenes—fuerá una maldición caída en el estrago de su alma atormentada. Y antes que la sorpresa dejara libre el paso, tal vez á una reconvención ó á un cariño de la joven madre, él, el celoso marido, concretando su egoísmo salvaje en el verbo candente de una mirada interrogadora, le contesta—gozándose en el efecto que sus palabras blasfemas producirán:—Sí, ángel mio, sí, se casará con otro ¡y quién sabe...! Y el ruido de un sollozo trémulo cortó la frase agresiva que, como flecha envenenada temblaba aún en el aire de la tarde agonizante y fría...

—Por qué preguntas eso, mi Margot?—dijo el esposo infame, como para llevar sus dardos envenenados al sagrado refugio del llanto.

—¡Ah! no te digo. Me riñes, papá. Y balanceaba su dedito de rosa, repitiendo: «No te digo, no te digo».

—Dime. Te doy lo que pidas...

—Mira: Bepo se ha muerto. Se cavo el poñecito de la escalinata. Estoy sola; papaíto ¡cómprame otro Bepo!

—Mañana, sí, mañana, viudita.

—¿Verdad?

—¡Sí! ¡sí!

—Mañana, mañana viene mi

maridito. ¡Qué bueno es papá,
mamaíta ; dale un beso... !

Ya es la hora de paz.

En la cuna, arrebuyada bajo las ropa de lino, blancas y sedosas como un capullo de algodón, Margot sueña con su nuevo Bepo ; con la caricia tentadora del primer beso—desflorador de pétalos intocados—y vuelve á verse con sus guirnaldas de azahares, prendidas en la reste nupcial, como sartas de mariposas blancas y diminutas...

¡Sueño de niño! lirios abiertos en el arrobo virgen del bosque, ya nunca tomaré en vuestro vaso temblador el rocío de la mañana ¡blanco lirio!

Ya es la hora negra.

En el colchón de plumas, cubierto el rostro pálido con las manos tembladoras, ella, la madre infeliz, piensa, con honda melancolía, en sus primeras ilusiones de amor ; en las caricias pasadas ; en la inefable claridad de su espíritu, hoy ensombrecido y yacente... Y una como ola de desesperación anubla sus sentidos, pensando, en su infatigable mariposeo, convertir en realidad todo el cuadro entrevisto por el marido, en la bruma desesperante de los celos.

Ya es la hora trágica.

En el estudio, hundidos los dedos crispados en la melena hirsuta, él, cavila...

El libro que comenzó á leer, en la mesa de ébano, há tiempo abierto por la misma página. A intervalos, contestándose él mismo el monólogo terrible ; se le oye murmurar : «¡Ella me engaña... !»

Suena una hora en el reloj lejano. «¡Es tarde!» Y se dirige al dormitorio, desperezándose como un felino antes de entrar en la madriguera. Al paso tropieza su mirada con la cuna de Margot, y el sentimiento de padre, sobrepuerto á todas las vicisitudes de la vida, cae, en la beatificación de un fulgor misterioso, sobre el sueño errabundo de la inocente. Y más allá, al extender el tul del mosquitero en el tálamo bendecido en nombre del Señor, le dice á la compañera de sus días :

—¿Sabes? Margot sueña con su nuevo Bepo, y tú... ¿con quién?

—Con quién! repite la infeliz esposa.

Y un ahogado suspiro vuela y llora en la desolación de aquella burguesía.

EDGARD LEMAIS,

Trad. de Vázquez Yepes.

Mujer y gata

La sorprendí jugando con su gata,
y contemplar causóme maravilla
la mano blanca con la blanca pata,
de la tarde á la luz que apenas brilla.
Cómo supo esconder la mojigata,
del mitón tras la negra redecilla,
la punta de marfil que juega y mata,
con acerados tintes de cuchilla!

Melindrosa á la par su compañera
ocultaba también la garra fiera;
y al rodar, abrazadas, por la alfombra,
un sonoro reir cruzó el ambiente
del salón... y brillaron de repente
cuatro puntos de fósforo en la sombra!

PABLO VERLAINE.

Trad. de Guillermo Valencia.

Aniversario

Del libro «In Memoriam», próximo á aparecer

Para APOLO.

I

—Aun no hace un año que cayó la tierra,
la tierra del olvido, gris y fría,
sobre el negro sepulcro que me encierra;

aun no hace un año del eterno día
en que á mi cuerpo rígido abrazado,
enjugaste el sudor de mi agonía;

y en tu pecho mi imagen se ha borrado...
¡Aun no brotó una flor sobre mi fosa,
y ya á tu pobre Elisa has olvidado!

¿No recuerdas el pálido semblante
que levantó tu mano temblorosa
para besarme en el postrero instante?

¿Ni los labios que tanto te besaron
y que al plegarse para siempre, ansiosos,
en un débil suspiro te llamarón?

¿Ni aquellos ojos de mirar doliente
que á tus besos cerráronse, vidriosos,
para soñar contigo eternamente?

¡Ya no te acuerdas de tu pobre muerta,
la que bajo la negra sepultura
sólo al recuerdo de tu amor despierta,

y elevando al azul su pensamiento,
desde su negra obscuridad murmura
con un hilo de luz que apaga el viento:

—Señor, haced de mí lo que queráis,
mas tened compasión de esta criatura
que sola á su destino abandonáis!

II

Ya perdí la esperanza, y aun te espero.
Cuando mi cuerpo de terror se helaba,
la inmensa pena del adiós postrero,

más que por mí por ta orfandad sentía,
que si mí corazón agonizaba
era tu corazón el que moría!

Y más que el abandono de la fosa
más que esta pertinaz misterio helado
que me amortaja en noche tenebrosa,

siento tu soledad entristecida...
Vete andar, como un niño, extraviado
por el gran laberinto de la Vida!

¡Ya no habrá quien mitigue tus dolores,
ni pupilas que velen tu destino
y que lloren al par cuando tú llores!

III

Una huérfana sólo en tí confia...
Vive por ella, como yo, en tu caso,
aun sin alma y sin vida viviría...

Aparta de su senda los abrojos,
disipa las tinieblas á su paso,
y haz que recuerde á Aquella que sus ojos

apenas reflejaron en la Vida,
á aquella pobre mártir infelice
que ni en la tumba su recuerdo olvida,

y que alzando su mano descarnada
desde su lecho secular, bendice
su débil cabecita inmaculada...

¡Oh, Madre de Jesús, Virgen María,
oid de una madre muerta los clamores,
mudas plegarias que hasta el Cielo enví...

Si un destino fatal á mi hija inmolá,
sus llantos, su tristeza y sus dolores
los quiero para mí, para mí sola!

IV

No marchas solo. Sin cesar te sigo,
y á donde vayas, en tu ruta incierta
verás mi sombra caminar contigo.

Contigo sufriré la suerte esquiva,
y la que para todos está muerta
para ti eternamente estará viva.

Y al verte vacilar triste y cansado,
murmuraré á tu oído:—Aguarda... Espera...
La hora de la partida no ha sonado!

Y por tus sueños pasaré ligera,
derramando en tu espíritu agostado
las flores de mi eterna Primavera.

Y en la hora final de la partida,
cuando desciendas á la tumba á verme,
igual que en las tristezas de la vida,
besándote en los ojos, diré: —; Duerme!

Y en la honda paz del ataúd estrecho,
al arrullo inmortal de tu cariño,
te dormiré, cantando, sobre el pecho,
como una madre que adormece á un niño.

FRANCISCO VILLAESPESA

De Pérez y Curis

DE «EL POEMA DEL HOGAR»

Paréntesis matinal

Su pie sobre mi huerto posó la primavera...
Ya el canto de mis íntimos ruiseñores halaga
Mi oído, y el perfume de Flora me embriaga,
Disuelto en la purísima frescura mañanera.

Trepando por el muro, la verde enredadera
Que cubre mis balcones, tamiza la luz vaga
Del crepúsculo, y veo que en un regato apaga
Su sed una paloma de la finca lindera.

Inundado de júbilo, yo elogio la menuda,
Magnífica sandalia que calzó Primavera
Al tornar á mi huerto, siempre semidesnuda.

Hago luego un paréntesis; á la puerta me asomo:
Que hay un concerto de aves y yo lo escucho como
Si la voz de mi alegre primogénita oyera.

DE «ALBAS SANGRIENTAS»

*Para mis hijos Apolo y Mercurio,
cuando entren en la adolescencia.*

Norma

Apolo:

Oye, hijo: en la lucha por la vida
Triunfa ligeramente la canalla;
El vulgo es necio, su pasión estalla,
Y el que besa su pie sube en seguida.

El hombre libre, que es un mártir, cuida
Su libertad que todo lo avasalla:
Si cuando el vulgo aplaude, él, solo, calla,
Cuando aquel calla, él, solo, es un atrida.

Pero ese triunfo de los viles pasa
Fugaz, y el mártir solitario asciende;
La gloria acoge al luchador; la crasa

Multitud huye entonces de la arena,
Y el hombre austero que luchó, comprende
La avilantez del vulgo... y la condena.

Mercurio:

Tú, como Apolo, escúchame, hijo mío:
Sé altivo y noble, soñador y humano
Dí tus ideas, pero no al villano;
Da tu alegría, pero no tu hastío.

Sea tu corazón, como el sombrío
Bosque, un haz de misterios; y tu mano,
Baldón sobre la frente del tirano
Y fusta sobre el dorso del impio.

Odia los gestos y genuflexiones
Del pulido lacayo y los histriones;
Y, si grave y solícito, cultivas

La verdad: credo de las almas fuertes,
Más que á todas las furias vengativas
Teme á los hombres frágiles é inertes.



En el Yoshiwara (1)

A la espiritualidad exquisita de Aureliano González Tizón.

Para APOLO.

— Oye:

Aquí en el Yoshiwara,
en esta bella noche enferma i lánguida,
lloran unos violines todos negros,
unos violines negros que en Italia,
cantaron sus pesares á los astros
que doraban el fondo de sus cajas;
de sus cajas tan negras i tan viejas,
tan llenas de harmonías y nostalgias:
adonde el corazón de los violines,
cruellos sollozos largamente sangra!

Deja de sonreir, chica mimosa...
¿No ves mi cara pálida?

Coino córneas policromas
en la cara siniestra de la noche,
fulguran las chinescas
fantásticas farolas,
pendientes de las ramas gemebundas
(pobladas de hojas secas;)
que tapizadas de matices raros,
adquieran expresiones cadavéricas!...

Una alegría «musumé» nos acaricia
i nos cuenta una historia... asaz extraña,
de un «samuray» que... ¿acaso importa?;
mientras que el compañero de mi infancia,
de «sacké» apura hasta la hez la copa!...

Un erisánthemo hermoso se deshoja
en la alegría errática de mi alma;
mientras que, en el ambiente se estremece
toda la vibración que hay en mis ansias...

Allí viene una «oirán» engalanada
con un regio «kimono»,

con un «kimono» extraño donde brillan
áureos dragones i dos Ibis de oro;
tiene en la mano una pantalla antigua
que figuró en el templo de «Asackusa»
en tanto que, en su pecho se columpia,
una joyita ebúrnea!...

Otra «musumé» me dice que me espera
en su blanco aposento...
«quiero besarte» murmura en mi oido,
i se aleja sonriendo,
mientras que de sus ojos algo oblicuos
resbala una caricia,
que después de contarme sus deseos
rueda por su abanico!...

Eh, compañero: en marcha...

Un momento...
espera que sollocen los violines,
los violines enfermos;
¿no sientes en sus sones tan profundos
un hálito de fuego?,
así, como el vapor de muchas lágrimas
brotando de un efluvio sidereal.
Escucha como lloran los violines,
¡oh! qué amargo es su acento!;
se dijera que el alma se me escapa
en un suspiro trémulo,
i se ahorca en las cuerdas dolorosas
de los violines negros!...

Chica: estos versos,
escribí en un «Chamisé» del Yoshiwara,
una noche en que el viento
sollozaba en las ramas,
i dos «maickos» risueñas
miraban una estampa de Utamaro,
i un «samuray» hojeaba,
sobre una mesa un álbum!...

JOSÉ M. DE ANGUITA ZEBALLOS.

Genios

Séres-faros que al lucir
tenéis por fuerza que arder,
curplid con vuestro deber,
alumbrad hasta morir;
luchad por el porvenir;
alzaos sobre la insidia,

que no triunfa quien no lidia,
ni es grande el que se levanta
sin sentir bajo su planta
el pedestal de la envidia!

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.

(1) Del libro en preparación «Las Selvas del Río de Oro». — Buenos Aires 1910.

Poema

Para APOLÓ.

A Carlos M.^a de Vallejo.

Su matinal canción murmura la fontana
á una voluble rosa que se ofrece entreabierta
en lo alto del tallo, sutil y easquivana,
como á las tentaciones de una engañosa oferta.

Espéjase temblando su corola temprana,
en el cristal bruñido de la fuente desierta,
y al mirarse se enciende el carmín de su grana,
tal como se sonroja una niña inexperta.

Una mano de nieve pone fin al idilio
de la eglógica fuente y la flor, cuya esencia
— inédito poema sin rimar de Virgilio —
perfuma de albo seno la divina turgencia,
mientras en la silente soledad de su exilio
solloza la fontana la canción de la ausencia.

José VIAÑA.

Ego

Para APOLÓ.

Ojos verdes y astutos de monje ó de bandido,
Una melena hirsuta como la del león:
Tan libre como el águila, altivo, descreído
Si pequeño el cerebro muy grande el corazón.

De natural bohemio, sin ambición, sin nido . . .
Una meta: el futuro; pasiones: la pasión
De la mujer y el vino: cuando más he sufrido,
He corrido mi pena con alguna canción.

Una carga infinita de ensueños y quimeras,
En mi huerto un continuo reir de primaveras,
Lo jocundo del trino, el perfume y la flor.

He de hacer una escala con mis sueños dispersos
Y subiré confiado recitando mis versos.
Hasta un cielo encantado de Locura y Amor.

MONTIEL BALLESTEROS.

Montevideo.

Rimas

Para APOLÓ.

Lluvia lenta para sentir
qué del vivir, qué del sufrir
con un ensueño evanescente
fulgurando bajo la frente
lejano, muy bello, lejano...
y el recrudecer inhumano
de la frígida herida hundida
en la leve alma aterida...

Lluvia, lluvia para sentir
qué del sufrir, qué del morir,
sino la grávida esperanza
de un misterio que no se alcanza:
la negra ribera severa
ó la albada y dulce ribera.

Silenciosa en que se reposa,
yo quiero luz, no quiero fosa:
luz celeste por cabecera
para este mal que desespera;
para este mal, para este mal
de lo infinito y lo inmortal!

Cayendo, llorando, diciendo
un gran perdón que no comprendo,
lluvia lenta para sentir
qué del vivir, qué del morir:
cae, cae perennemente...
mas no muera bajo mi frente
el bello ensueño evanescente,
muy bello, lejano, lejano...
oh terror, que fuera la vida
en alma blanca horrenda herida!

Un tirano sentir profundo,...
no sé qué... la entraña del mundo
me gruñe el crimen de su invierno!

¿Por qué sentir, por qué sentir,
para sufrir, para morir?

Me pesa el crimen de este invierno...

Oh lluvia, reza la oración
de tu gran llanto de perdón,
por siempre, por siempre en lo eterno,
sobre el absorto corazón!

EDMUNDO MONTAGNE.

Máximo Soto Hall

Te he visto en algún cuadro florentino:
Has sido tú escultor, pintor, poeta,
Espíritu que canta ó que interpreta,
Bohemio humano, pensador divino.

Nos hemos encontrado en el camino,
Y hoy te pinta mi pluma harto indiscreta,
Sin poner más color en mi paleta
Que el que á la gloria tuya ha dado el sino.

Empieza en tu florida primavera
Tu bella musa con sus alas de oro
A alfombrar de laureles tu carrera.

Y entre el aplauso de entusiasta coro,
Bravo batallador en tu trinchera,
Triunfante suenas tu clarín sonoro.

RUBÉN DARÍO.



“Pane lucrando”

El periodismo no es hoy un apostolado ni siquiera un culto. *Pane lucrando*, cualquiera de esos fracasados en el arte y en la lucha cuotidiana se prende como un naufragio á esa tabla salvadora que el destino puso á su alcance: la prensa, y arrógase fácilmente el título de periodista.

Yo no soy tan ingenuo para extrañarme de ello. Bien sé (de América hablo) que si existieron un Montalvo, un Juan Vicente González y un Martí, fué en épocas de más alto idealismo y honestidad que la actual en la que un grupo de mercaderes de sus conciencias, abroquelado tras el escudo de la ley, hace fuego contra la libertad, pretendiendo detener la corriente evolutiva que siguen todos los pueblos.

¡Oh, la prensa asalariada; antro de prostitución donde se corrompen todas las almas; donde se encubren todos los crímenes; donde todos los fracasados se dan cita!

Bien dijo Ibsen: «*Es inhacible que los sabios martiricen los animales en nombre de la ciencia. Los médicos debieran servirse para sus experiencias de periodistas y políticos*».

PÉREZ Y CURIS.

El viejo de las gafas verdes

Para APOLÓ.

En uno de los barrios de Montevideo, llamado la Aguada, existe un gran establecimiento fabril que ocupa alrededor de 500 obreros. Don Fermín, el propietario, hombre viejo ya, tiene el rostro color mate, con pronunciadas arrugas, labios gruesos y un re cargo en la papada que le dan el aspecto de un hombre en continuo eructo; bajo y barrigón; de mirada acusadora, como si la desconfianza hacia todo estuviera palpitante en su ser. Las gafas verdes que usa y su bigote, muy raro y grueso como cerda, dan á esta cara de bestia, un aire de repugnancia.

Sus operarios, á los cuales les paga lo menos posible, regañándoles hasta el último centésimo, le temen por su eterno mal humor y por su excesiva avaricia.

En su casa, don Fermín, controla las cuentas del gasto doméstico, discutiendo con su mujer y sus hijas todo centésimo que crea mal invertido. Odia las modas que le ocasionan un derroche inútil en el atavío de sus hijas; y grita contra las compañías teatrales que cobran precios fabulosos por los abonos, cuando en ellas se inscribe lo *chic* de la sociedad, y su mujer que mira por el porvenir de sus niñas le reclama el dinero para las localidades, puesto que en estas reuniones donde acuden los jóvenes de bien, existe la posibilidad de hallar novios para éstas. No puede conformarse que habiendo en su casa cuatro mujeres, haya que pagar una sirvienta para los quehaceres, que ellas bien podrían hacer sin sacrificar ese dinero inútilmente...

Hay en una de las calles apartadas de la ciudad, cierta casita conocida por el nombre de «Casa Rosada» por el hecho de hallarse pintado su frente de este color. Se reunen en ella todos los viejos adinerados y verdes, que asisten á desahogar toda la morsosidad de sus degeneraciones.

La Isidra, mujer entrada en años, gorda y grande como una vaca, les proporciona continuamente niñas, de las cuales la mayoría no ha alcanzado aún los 15 años. Pero la Isidra, á pesar de su calidad de *madame* y sus años, sirve á algunos de los concurrentes que la consideran una maravillosa artista en la materia. Grandemente difícil, casi imposible puedo aseverar, resulta la entrada á esta casa de personas ajenas al círculo de estos viejos lascivos, y más aún siendo joven. Pero la Isidra, á quien conocí cierta noche de carnaval en un baile de máscaras que en el «Club X» se realizaba, tuvo la deferencia después de mucho insistir de permitirme la entrada á condición de quedarme recluído todo el tiempo que permaneciera en ella, en su dormitorio, desde el cual por medio de tres espejos colocados á ese efecto, podría dominar la sala sin ser visto por los que en ella se encontraran.

Un sábado, por ser este día el que más número afluía á la casita, me encaminé hacia ella, dando los golpes indicados de antemano para entrar sin ser visto. La Isidra, con su enorme corpulencia, caminando de espaldas á la sala, hizo imposible percibir mi llegada, pudiendo colarme oculto por

tan inmensa trinchera. Frente al dormitorio donde me hallaba, con una cortina corrida y desde un rincón pude, por medio de los espejos, ver todo el movimiento en la sala.

En la pared del frente, un artístico brazo con tres picos eléctricos y en las laterales dos con otros tres picos cada uno, llenabanla de fuerte luz. El piso cubierto por una alfombra granate formaba un hermoso efecto con las paredes decoradas por grandes flores granates también y los divanes tapizados de terciopelo del mismo color.

Un concierto de risas y voces infantiles contrastaba con gruesas risotadas. Ocho ó diez viejos, algunos sin sombreros, otros el saco y chaleco desabrochados, y otras tantas niñas, regordetas y encantadoras, algunas aún con rulos, todas con la pollera hasta la rodilla, llenaban la sala.

Uno de nuestros hombres, tenía sobre la falda, sentada á una niña que pasaba su brazito alrededor del cuello de éste, besándole como pudiera hacerlo con un padre. Otro, tenía entre sus piernas, apretándola con las rodillas, á una rubieca, á quien con sus manoplas apretábale la cara atrayéndola hacia la suya para im-

plantarle un beso con sus labios que estiraba como los de un negro. Aquello parecía la consagración de la belleza infantil por cariñosos padres que adoraban á sus hijas en su ingenuidad y alegría. Mas nó! De pronto se veía una mano entrando cautelosamente por debajo de la pollera de alguna y un calzón que caía al suelo... Se veía levantar la ropa á otra y con rostros de imbéciles contemplar todos lo que quedaba á descubierto...

Haciendo coro en esta fiesta de decrepitud, el viejo de las gafas verdes, sentó sobre sus faldas á una niña regordeta, redonda como una bola, á la cual balbuceaba algunas palabras, tomándole por la gruesa papada.

Luego, la paró sobre el amplio diván donde se hallaba sentado.

Tembloroso, como si se hallara poseído de una excitación extrema, bajóle los calzones.

Sus compañeros entre fuertes risotadas gritaban: ¡Ahora!... ¡Ahora!

Don Fermín, metió la cabeza por debajo de las ropas tomándola ansiosamente por las caderas... La regordeta, roja como el fuego, abrió las piernas dejándose caer contra la pared...

MARCOS FROMENT.

El Efebo

Tu cuello surge del seno como una torre de marfil. Oh efebo!; los bucles oscuros de tus cabellos, flotan sobre tu palidez, líquidos y más azules que la noche dé ojos de oro con su traje de seda.

Entre las vestiduras negras, tus flancos puros y nerviosos, de los mármoles consagrados eternizan la gloria, y tu boca sangrienta es la tibia pixide en donde re-

vive el perfume de las cremas fabulosas

Empero, tu lindo cuerpo de líneas rítmicas no calmará nunca el amor de las prometidas; tus grandes ojos, semejantes á gotas de mar, no bajarán nunca de sus cielos poéticos en los cuales sueñan, fraternalmente, los efebos antiguos con Narciso, gran corazón que murió de amarse.

LAURENT TAILHADE.

Visión de Pesadilla

Saltó el tigre sobre el lomo del caballo, de repente;
y el caballo rasgó el aire con un trémulo piafido,
retembló nerviosamente,
arrancó de un golpe el lazo y escapó despavorido.

Fué un fantástico galope por la selva. Fué la extraña
visión de una pavorosa pesadilla...
Sobre el luto de la noche que envolvía la montaña,
una roja media luna levantaba su cuchilla.

Extendida largamente la cabeza,
desenvuelta por los aires la espesura de la cola,
el corcel corría, lleno de una trágica grandeza,
á galope, por en medio de la selva muda y sola,

Y corría... y corría siempre como
una sombra galopante; y en la vasta noche obscura,
iba el tigre sobre el lomo,
recortando la silueta de su elástica figura.

Se dijera que hasta el viento
puso, ante ese desbocado sufrimiento,
un suspiro en cada cueva y en cada árbol un lamento;
y el caballo, por la fiebre poseído,
arrastraba, en la carrera de su fuga sin sentido,
un estrépito en los cascos y en las crines un silbido...

Pero, al fin, cayó rendido;
y un rugido, un gran rugido
de alborozo envuelto en saña
llenó, entonces, el espanto de esa larga pesadilla...
Sobre el luto de la noche que envolvía la montaña,
una roja media luna levantaba su cuchilla.

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

EL RETIRO DE JULIO FLÓREZ

Después de una gira triunfal por la América Central, Cuba y España, Julio Flórez ha desaparecido de la escena mundial. En Colombia mismo casi se ignora su paradero y después de mucho moverse las lenguas en averiguación del poeta nacional, un pesado silencio ha venido á opacar la aureola de su nombre. No quiere decir esto que su gloria haya sufrido, sino que ya su persona no participa como antes de la cosecha que van recogiendo sus versos por los campos de los corazones y de las almas. Como á todo poeta muerto se le recuerda al pronunciar una estrofa, pero sin que haya aquella veneración que se siente cuando el poeta vive.

Y sin embargo, Julio Flórez quizá mejor que nunca goza hoy de una gran intensidad de vida. Estando en Barranquilla, en vísperas de abandonar los lares patrios, supe por un intelectual colombiano, el poeta Rasch Isla, que Julio Flórez vivía en un pueblecito cercano llamado Usiacurí. En un desmantelado caserío que apenas se nota entre los manglares de aquella región arenosa, abrasada por un sol canicular, hasta donde llegan los roncos bramidos de la mar cercana.

Al principio parece imposible que un talento como el de Flórez pueda acomodarse en aquel medio que es la antítesis del que se tiene en las capitales donde cosechó sus lauros. Pero meditando un poco y recordando aquello de:

Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!,

vemos que el poeta, en rigor de verdad, tiene derecho á vivir aho-

ra para sí mismo ya que todo su pasado ha vivido para los demás. Porque ha de saberse que allí en aquel pueblecito encontró el poeta un amor que quizá no había encontrado en la viveza de las bogotanas ni el majo desembarazo de las habaneras. Es un idilio que tuvo primero sus toques de escándalo y sus campanilleos de papeles sellados y se retiró luego á ese pueblo como recluído por los otros amores profanos.

De tiempo en tiempo el poeta abandona el nido para ir á la ciudad una semana y cada vez retorna más alegre y solícito, camino de Usiacurí. Raras vicias del corazón humano: Julio Flórez ha-se tornado en acerbo predicador contra las instituciones bohemias! Me figuro yo que cuando el poeta regresa vereda del nido, ha de asomar por entre los manglares del camino su cabeza coronada de pámpanos el Dios Pan, para mostrarle su sentimiento por la fuga de uno de sus discípulos predilectos.

Sin embargo, es de esperar que aquel retiro al desierto sea fructuoso para las letras, por que allí en la soledad de su *desierto* su musa alegre cantará al amor y su mente, lejos de todo ruido profano, atenta solo al murmullo de la fuente de la vida que pasa de su corazón al de su amada, ha de levantar un templo de armonía y de ritmos á la vida, exuberante y blanco, como antes elevó otro de oro y mármol negros á la muerte.

Maravillosas manos femeninas aquellas, cuya caricia como un sortilegio, ha logrado tornar en rojos claveles, aquellas «flores negras» de la selva de Flórez.

JULIO CUADROS CALDAS.

Biblioteca Renacimiento

(Obras recomendadas por «Apolo»)

Las Neuróticas (El amor y los nervios),
POR ALBERTO INSÚA.

La Biblioteca Renacimiento acaba de publicar una novela de Alberto Insúa, llamada á superar el éxito creciente de *La mujer fácil*, cuya segunda edición está próxima á agotarse. Las páginas de LAS NEURÓTICAS constituyen una novela de una amabilidad y de un interés psicológico insuperables. Hace en este libro el ilustre y celebrado autor de *La hora trágica*, un completo estudio del histerismo en las solteras. El problema amoroso se estudia en LAS NEURÓTICAS científicamente. Es éste el libro de un médico y de un novelista y es, al través de sus escenas pintorescas y de sus retratos de soñadoras, de lesbianas y *demi-vierges*, de un fondo revolucionario y demoledor. Como en *La mujer fácil*, la sociedad de Madrid está retratada por Alberto Insúa.

En ninguna novela se hace tan patente como en LAS NEURÓTICAS el dominio que tiene Alberto Insúa de los procedimientos de la novela moderna, según ha proclamado en *Los lunes de El Imparcial* el primer crítico literario de España, Eduardo Gómez de Baquero. Osadía, sinceridad, pasión é ideas originales, hallará el lector en LAS NEURÓTICAS, como elementos armonizados por el buen gusto y el estilo solario y transparente de Alberto Insúa que en pocos años de labor ha conquistado, además de un puesto de honor en la literatura actual, un gran público que agota con rapidez sus ediciones. Llama la atención en LAS NEURÓTICAS una soberbia portada del original dibujante Marco.

Despertar para morir, por CONCHA ESPINA.

La ilustre autora de *La niña de Luzmela*, Concha Espina, acaba de publicar en la Biblioteca Renacimiento otra novela ejemplarísima, insuperable modelo de emoción y de ternura, de gracia y de interés.

Despertar para morir se titula esta novela, en sus páginas, admirables por el pensamiento y el estilo, se descubre un alma grande de artista, disciplinada por el dolor, templada en el sacrificio, nutrita en la fuente inagotable de las lágrimas.

Acusa la novela un perfecto dominio del género: composición y caracteres, narración y diálogo, tipos y paisajes, todo está observado y descrito con naturalidad y con pulso, pasando sin esfuerzo de lo cómico á lo dramático, de las menudencias y

pormenores realistas á las más hondas exaltaciones románticas. Hay deliciosos tipos de mujer, episodios conmovedores y detalles que indican una fina percepción psicológica. El final de la novela es sencillo y grandioso; corre por estas páginas un soplo trágico, el aliento frío de la eternidad.

Un libro semejante, escrito por la mano delicada de una mujer, ha de producir gran impresión, y el triunfo de su autora, Concha Espina, será justo y definitivo, y dejará una huella brillante en la literatura española contemporánea.

Doña Mesalina, por LÓPEZ PINILLOS.

He aquí una obra realmente interesante y definitiva. Doña MESALINA, es una valiosa y noble resurrección de la novela castellana.

Por sus páginas cálidas y picarescas, corre como la sangre generosa de un vino andaluz, una jocundidad y un donaire netamente castizos.

López Pinillos, el culto *Parmeno* cuyo estilo inconfundible y cuya amabilidad siempre viva y atrayente, se asoman todos los días á la primera plana del *Heraldo*, puede enorgullecerse de haber hecho una novela realísima llena de sol y de gracia.

Todos los tipos de Doña MESALINA. Perico Bernal, D. Antolín, el cura D. Alfonso, el Alcalde, Robustiano, D. Sérén, D. Silvano, y sobre todo Josefina, la desenveluta protagonista, tienen vida propia y son pintorescos retratos de esos tipos tan españoles que aman y odian y rujen y engendran entre la luxuria, la codicia y la vanidad de los pequeños pueblos andaluces.

Doña MESALINA, que como todas las obras de la Biblioteca Renacimiento, es un prodigo de buen gusto editorial, lleva una bonita cubierta de Marco.

Mi religión y otros ensayos, por MIGUEL DE UNAMUNO.

El sabio rector de la Universidad de Salamanca, acaba de publicar un nuevo libro titulado *MI RELIGIÓN Y OTROS ENSAYOS BREVES*, en el cual se halla contenida gran cantidad de ideas filosóficas, todas ellas de un alto valor científico y social. El pragmatismo, la nueva escuela de filosofía aplicada á la vida corriente, si no creada por Unamuno, bien puede decirse que ha tenido en él uno de sus iniciadores, puesto que cuando aún no se conocía en España, ya había publicado el insigne catedrático muchos trabajos que coincidían con la flamante doctrina. Todos los ensayos de este nuevo vo-

lumen, y particularmente aquellos en que el autor descubre su religión, son páginas intresantísimas, pues aparte el valor de la originalidad, poseen el raro mérito de ser afirmaciones de que participan la generalidad de los hombres, aunque procuran ocultarlas por temores mezquinos.

Memorias de un suicida, POR JOAQUÍN BELDA.

Joaquín Belda ha dado á la luz pública su tercer libro que tiene un título sugestivo, *MÉMORIAS DE UN SUICIDA*. El autor de *LA SUEGRA DE TARQUINO*, se acreditó con su primera obra de agudo humorista, fama que ahora confirma plenamente con este relato trágico-móico de un hombre que relata su vida después de haberla cortado con un balazo.

Corregidas algunas inseguridades propias de todo escritor novel, Belda se presentó ahora al público en pleno dominio de la gracia de un estilo personalísimo y de cuantos materiales han de contribuir á crearle rápidamente una enviable reputación de escritor festivo.

Bajo la lluvia, POR FRANCISCO VILLAESPESA.

BAJO LA LLUVIA se titula la última colección de poesías publicada por Francisco Villaespesa, en las cuales su autor ha puesto las más emocionadas de sus rimas y las más armónicas de sus estrofas. Este joven poeta ha conseguido en BAJO LA LLUVIA, la perfección técnica á que caminaba desde su primer libro de versos, lo cual, unido á la riqueza de inspiración, hacen del nuevo volumen el mejor de cuantos ha publicado.

Estos tres libros, admirablemente impresos y con preciosas cubiertas en color debidas al pincel de Marco, han sido editadas por la Biblioteca Renacimiento

(Boletín Bibliográfico).

Notas de Redacción

En la Sección *Bibliográficas* nos ocuparemos de todas aquellas obras que se envíen á nuestra Redacción en cantidad de dos ejemplares. Los envíos deben hacerse al Director de APOLO.

En adelante no publicaremos colaboración de autores uruguayos que no haya sido solicitada expresamente.

Nuestros colaboradores del exterior pueden enviar-nos materiales inéditos que, como siempre, se publicarán aunque no sean solicitados.
